



“Lograr que las generaciones futuras sean más felices que la nuestra, será el premio más grande a que pueda aspirarse”.

(González Pecotche)

Autor: Carlos Bernardo González Pecotche ©

Artículo extraído del libro *Introducción al conocimiento Logosófico*

RESPONSABILIDADES SUPREMAS DE LOS HOMBRES

Es ya incuestionable que el conocimiento logosófico tiene la virtud de reactivar la inteligencia y promover en el espíritu de quien lo cultiva nuevos impulsos en dirección a su perfeccionamiento.

En la vida corriente, individual o colectiva, por lo general se carece de ese imponderable auxiliar cual es la palabra que fecunda el campo mental; palabra que promueve estímulos que luego se convierten en la fuerza dinámica que incita a andar cada día un trecho más por ese largo camino de la vida, en el cual, a medida que se avanza, surgen nuevos interrogantes e incentivos.

Cuando se extiende la vista a través del panorama que las perspectivas del presente y futuro de la humanidad ofrecen, no puede menos que experimentarse una honda y justificada preocupación. Para poder alcanzar los orígenes y sorprender las causas cuyos efectos, producidos a grandes distancias de tiempo, resultan poco menos que incomprensibles por no haberse hallado una explicación que satisfaga la ansiedad con que cada ser humano busca desentrañar el misterio, es necesario remontar la visión a todos los procesos seguidos por los pueblos que suman la humanidad.

Naturalmente que los primeros interrogantes que se abren con carácter universal son los siguientes: ¿Qué fuerza invencible ha arrastrado tantas veces a los pueblos hacia la guerra? ¿Por qué se ciernen sobre el mundo presagios de grandes epidemias, morales, políticas y sociales? ¿Por qué hay tanto mal en la tierra?; ¿por qué tantos padecimientos?; ¿por qué esa infinidad de cosas que atentan contra la vida y la felicidad de los hombres? Y mientras unos lo atribuyen a esto o a aquello, la causa verdadera parecería no haber sido encontrada por nadie. Si nos disponemos a buscarla y nos remontamos a través de las edades, recorriendo, para hallarla, todos los tiempos, seguramente

✓ ¿Mis iniciativas contribuyen a crear un mundo mejor?

✓ ¿Soy consciente que mis decisiones de hoy pueden influir en las generaciones futuras?

daremos con ella. Esa causa es la suma de todos los errores cometidos por los seres humanos. Todos los males que se padecieron, padecen y padecerán, fueron y serán siempre consecuencia de sus errores.

Y como nadie está exento de ellos, todos, pues, unos más, otros menos, tienen que sufrir los efectos. Si es en el campo político, por ejemplo, los gobiernos hacen desquicios, sucediéndose unos a otros sin corregir ninguno lo malo hecho por su antecesor; es lógico entonces que, por esta causa, sobrevengan momentos álgidos, amargos, donde, la ley, inexorable, hace cumplir la restitución del equilibrio. Tantos reajustes a los errores pasados y tantos nuevos errores cometidos se combinan y recombinan, formándose así una maraña, de la cual es a veces muy difícil salir. También en el campo económico, en un comercio, una industria, por ejemplo, donde son despilfarrados los fondos, llega un momento en que el capital se agota y debe comenzarse de nuevo, haciendo los naturales reajustes para sanear las finanzas. En todos estos casos se experimentan las consecuencias de los instantes de gran liberalidad o desorden. Si se trata de la salud y se la descuida y aun derrocha, se sufrEen igualmente los consiguientes efectos, manifestados en enfermedades, dolores, debilitamientos, etc.

De modo que-bueno es repetirlo-, la suma de todos los errores humanos es lo que hace que



“Lograr que las generaciones futuras sean más felices que la nuestra, será el premio más grande a que pueda aspirarse”.

(González Pecotche)

Autor: Carlos Bernardo González Pecotche ©

Artículo extraído del libro *Introducción al conocimiento Logosófico*

en el mundo exista tanto mal. Y esto, como es lógico, trae a la reflexión que, si en el mundo entero se tuviera conciencia de esta verdad y todos se propusieran conducirse conforme a una conducta superior tratando de cometer el menor número posible de errores, la humanidad podría entrar en una etapa de desenvolvimiento evolutivo mucho más feliz que las anteriores.

Este sería, asimismo, el único medio de alcanzar la paz, ya que si se extendiera por el mundo, como una necesidad imperiosa, imprescindible, la realización de una conducta superior, no se afectaría el futuro por vivir. Porque, en realidad, todos los errores en que se incurre afectan al futuro, del mismo modo que los errores de ayer, o sea los que precedieron a la etapa actual de la vida, afectan al presente.

La indiferencia hacia los errores, tanto hacia los que se vienen cometiendo como a los pasados, es lo que siembra muchas desgracias y desventuras para el futuro. Y esto acontece tanto en lo individual como en lo colectivo.

Todo error en que se incurre tendrá inevitablemente su repercusión, que siempre habrá que esperar, porque, tarde o temprano, la ley exigirá una reparación. Corregir el error es, pues, evitar su consecuencia. Controlar los movimientos tratando de producir aciertos y no errores, es sembrar el bien futuro, bien que será tanto para sí como para el semejante.

Hay verdades hechas conocimientos que, al igual que las llaves, tanto dan vuelta para un lado como para el otro. Cuando giran hacia la derecha, abren las puertas del entendimiento; cuando giran hacia la izquierda, las cierran; todo depende de cómo quieran usarse. Si es un bien el conservar esas llaves, no es menos cierto que es un mal el perderlas o mal usarlas.

Cada uno buscará en la historia de su propia vida los males que haya sufrido, o debido sufrir, y analizará si éstos son el resultado de sus propios errores o de los errores de quienes le precedieron. Al hacerlo buscará, asimismo, la forma de disminuir los efectos de esas consecuencias, produciendo, como dijimos antes, aciertos y no errores. Si esta labor la efectuasen todos

en el mundo entero, no pasaría mucho tiempo sin que se notara un enorme alivio en la humanidad, pues el peso abrumador que representa tanto mal acumulado, habría disminuido considerablemente.

Ha de tenerse muy presente que los errores no sólo se ponen de manifiesto en los hechos, sino también en la palabra y en el pensamiento. Un pensamiento equivocado puede llegar a hacer incurrir en error si no es descubierto a tiempo y neutralizado o anulado antes de que tome cuerpo y aparezca en alguno de los múltiples actos que se realizan en la vida.

Prosiguiendo con el tema de los errores, agregaré que éstos suelen ser invisibles para quienes los cometen, porque el mismo estado de embriaguez con que comúnmente cada uno sobrestima a su persona, le impide verlos. Al decir embriaguez, he querido significar lo contrario de sensatez, por cuanto si el ser estuviera de verdad en sus cabales, podría juzgarse más razonable, más humanamente, advirtiendo que, al no existir en él seguridad en el acierto, se expone a errar. Como es natural, para poder juzgarse con ecuanimidad, aun será necesario cultivar el sentido de la precisión, o sea el que regula los movimientos del pensamiento, de la palabra y de los actos; con lo cual se podrá ver, por ejemplo, que lo que se hace con precipitación, por impulso, por pasión, o llevado por un momento de desmedido entusiasmo, conduce siempre a error, salvo, lógicamente, contadas excepciones.

No debe pasar inadvertido a quien se propone realizar un propósito, la imagen que en ese momento está ejerciendo atracción sobre él, cualquiera sea su especie, así como la responsabilidad que le incumbe sobre sus actos, pensamientos y palabras, teniendo muy en cuenta que, cuando éstas se materializan, sobrevienen tarde o temprano las consecuencias, favorables o desfavorables.



“Lograr que las generaciones futuras sean más felices que la nuestra, será el premio más grande a que pueda aspirarse”.

(González Pecotche)

Autor: Carlos Bernardo González Pecotche ©

Artículo extraído del libro *Introducción al conocimiento Logosófico*

Se eliminará así aquello de echar la culpa a unos o a otros de lo que uno mismo hace.

Cuanto vengo diciendo debe traer a la reflexión de todos que el error es humano; y siendo humano, humana ha de ser también la tolerancia. Al ser humana la tolerancia es igualmente humano y razonable que los seres se ayuden mutuamente, si no a corregir sus errores, por lo menos a evitarlos, ya que todo error que logra evitarse es un mal que se aleja del futuro.

La falta de seriedad en la afirmación de lo que se dice es uno de los tantos errores que producen confusión, siembran desconfianza y hacen que los perjuicios no se hagan esperar.

Tal insensatez, al subvertir la verdad, hace que el hombre piense que un embuste cada vez más grande borraría el anterior. Pero no es así: el tamaño mayor de éstos no destruirá jamás los embustes expresados con anterioridad, que permanecerán lo mismo en pie. La prueba la tenemos en lo que le aconteció a un personaje que ya no existe, quien dijo una vez que, para convencer a la muchedumbre, eran necesarias grandes mentiras. Al final sucedió que éstas lo atraparon, debiendo terminar sus días presa del pánico provocado por sus propias mentiras, pues había desatado con ellas una fuerza que lo consumió y exterminó. Esto explica cómo el hombre puede desatar con sus embustes fuerzas que luego se vuelven con violencia contra él, justamente cuando menos lo espera y cuando más hubiera deseado alejar de sí el mal. El embuste es como una pelota, cuyo rebote es tanto más fuerte cuanto mayor es el impulso que recibe.

Para explicar mejor ciertas contradicciones que el ser humano presenta en sus pensamientos y conducta, bastará con forjar la imagen que nos lo muestra mitad realidad y mitad ficción. Se verá así con cuánta frecuencia se producen los llamados "malos entendidos" o las erróneas interpretaciones, lo cual es debido a que, en más de una oportunidad, actúa una sola de las mitades; y bien es sabido cuánto se hipertrofia una idea bajo la sugestión del entusiasmo desmedido o de la ilusión. De ahí también la dificultad para edificar un concepto sólido e inalterable de la

propia persona. Recién cuando se reflexiona sobre la conducta seguida durante la vida, uno se convence de lo necesario que es el vivir mejorándola empeñosa y constantemente, ya que el resultado de los pensamientos, palabras y actos es lo que inspira el respeto y la confianza. Ambos, respeto y confianza, se forjan a través de la repetición incesante de los actos de bien, ya que nadie cambia el material con que ha construido una parte de su casa (prestigio), por otro de inferior calidad, si el usado es a prueba de ciclones.

La dualidad señalada obliga al ser a controlarse continuamente, y es en la lucha contra esa mitad artificial como desarrolla la parte que le asegura la posesión del bien para su vida y logra sobreponerse a la adversidad. El empeño constante de superación es la dínamo que mueve la voluntad del hombre hacia la conquista de su integridad moral.

Si cada uno pensara seriamente en esto y procurara que la verdad triunfara siempre en sus pensamientos y actuaciones, vería que, a medida que se consagra, le irá siendo menos difícil ampararse en la realidad, porque entonces será la realidad misma la que gobernará sus actos.

¡Cuántos hay que, viviendo en la apariencia de la verdad, deben desmentirse a sí mismos en cada ocasión!

Si el hombre tuviese presente en todos los momentos de su vida que los pensamientos, palabras y actos le ligan a sus semejantes, y también a su pasado y a su futuro, fácilmente comprendería que en él está el forjar su felicidad o su desventura. Ciertamente que no es tarea fácil la del perfeccionamiento de las humanas calidades, pero ésta queda ampliamente compensada con el bien con que favorece tal realización.



“Lograr que las generaciones futuras sean más felices que la nuestra, será el premio más grande a que pueda aspirarse”.

(González Pecotche)

Autor: Carlos Bernardo González Pecotche @
Artículo extraído del libro *Introducción al conocimiento Logosófico*

Al hacer un examen de sus valores, el hombre no debe justipreciar en más lo que ha ser la justa medida del propio concepto. Es preferible que los demás den la pauta acerca del valor de sus merecimientos; de esta manera, sabrá regular su conducta a fin de que la parte que en él existe, florezca cada día dándole una flor más de felicidad para adornar esa vida tan atribulada, tan penosamente vivida, a causa, repito, de los males que el ser debe sufrir por efecto de los errores del pasado y de los que comete en el presente.

Cada día se hace más necesario que el hombre confronte los momentos que vive la humanidad con su propia conducta, a fin de ver si es posible disminuir esa montaña inmensa de errores que amenaza con aplastar al mundo; cosa fácil de hacer, si, esforzándose en disminuirla, se comporta como debe, como lo exige la ley: sana y lealmente.

Hágase, pues, lo indispensable para que pronto pueda respirarse en el mundo el aire feliz de la paz. Para ello bastará, tan sólo, con que un puñado de seres ponga su empeño en hacer que sean muchos los que siguen ese ejemplo.

Lograr que las generaciones futuras sean más felices que la nuestra, será el premio más grande a que pueda aspirarse. No habrá valor comparable al cumplimiento de esa gran misión, que consiste en preparar para la humanidad futura un mundo mejor.

- ✓ ¿Mis iniciativas contribuyen a crear un mundo mejor?
- ✓ ¿Soy consciente que mis decisiones de hoy pueden influir en las generaciones futuras?